LO QUE DE DIOS ESTÁ...

ZARZUELA EN UN ACTO

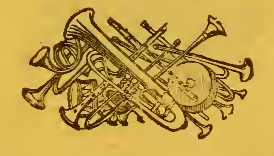
arreglo de

D. GRACILIANO DE PUGA.

PUESTO EN MÚSICA

POR D. MANUEL CRESCJ.

Estrenada en el teatro del Circo la noche del 10 de Enero de 1861.



MADRID:
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.
1861.

12

LO QUE DE DIOS ESTÁ...

ZARZUELA EN UN ACTO

arreglo de

D. GRACILIANO DE PUGA.

PUESTO EN MÚSICA

POR D. MANUEL CRESCJ.

Estrenada en el teatro del Circo la noche del 10 de Enero de 1861.



MADRID:

IMPRENTA DE M. GALIANO, PLAZA DE LOS MINISTERIOS, NÚM. 3.

1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSA.	DOÑA DOLORES CUSTODIO.
JACINTO.	D. MANUEL CRESCJ.

ACTO UNICO.

El teatro está dividido : cada lado representa una habitacion modesta. La de la izquierda del espectador es la de Rosa : está llena de muebles en desórden ; una cómoda en medio ; una mesa, tocador y un baul : en un lado una silla : al fondo una cama sin hacer, y en pié, pegados al muro, un jergon y un colchon : las sabanas, colcha y almohadas, en el suelo ; una mesita de pino, al fondo una puerta que da á un corredor comun á las dos habitaciones ; á la derecha otra puerta á la habitacion de Jacinto y está cerrada con cerrojos por ambos lados. Cuarto de Jacinto ; á la derecha en primer término una puerta que figura conducir á un gabinete, otra al fondo que da al corredor, otra á la izquierda que es la de comunicacion con el cuarto de Rosa ; una mesa con dos libros : otra pequeña con recado de escribir ; una estampa pegada á la pared, y una silla.

ESCENA PRIMERA.

JACINTO, entra precipitadamente en su habitacion, tira el sombrero sobre la mesa, volcando el tintero ; trae un paraguas bajo el brazo y una carta en la mano. Es de noche.

MÚSICA.

¡Oh! ¿Qué he hecho?
con la tinta
mis papeles
ensucié :
mas no importa
si consigo
ver la niña
que busqué.
Dando caza á las beldades
por la capital me lanzo,

y á cada paso que avanzo
obtengo un nuevo favor.
Pero, señores, hay una
encantadora modista
á quien le sigo la pista
y en vano la ofrezco amor.
Abrense los corazones
á mi cartilla amorosa
como la cándida rosa
abre su cáliz al sol.
Y esta al contrario, si escucha
mi tentadora cartilla,
se agazapa en su mantilla
lo mismo que un caracol.

HABLADO.

Pues señor, estamos frescos; mi desconocida se me ha escapado, se ha burlado de mí y de mis amores exactamente lo mismo que yo de la constante letanía de mi señor padrino; no tengo la dicha de verle que no me diga á renglon seguido: «Cásate, Jacinto, cásate, el matrimonio será tu felicidad.» Algunas veces cuando considero que me dotaria, casi estoy por obedecerle, por que esto de vivir solo y con un sueldo de cuatro mil reales, es para desesperarse; pero vender mi libertad... eso nunca; es preferible estar soltero, perseguir á cuanta muchacha sale al paso, asesinarlas con billetes... amorosos. El primer dia las sigo, el segundo las mando cinco ó seis, el tercero consigo hablarlas: regularmente empiezan por llamarme tonto, pero ni una de las que me lo han dicho ha dejado de ser ella la verdadera tonta; ninguna que haya recibido mis billetes ha podido resistir al deseo de conocer al autor. Alto! hay una que ha resistido; esa no me ha llamado tonto, es cierto que no nos hemos visto, va siempre tapada con el velo de la mantilla y yo con el embozo de mi capa. Vi que salia de la tienda de la modista francesa, la sigo y empiezo con los suspiros, que la hacian el mismo efecto de un látigo; corria que me costaba trabajo alcanzarla. Tomé la pluma y zás! billete trás billete, llevo ya empleados treinta y cinco y sin obtener respuesta. Con este, que completa (*Lo saca.*) las tres docenas, pensaba obligarla á decidirse y me

dirijo á esperarla segun costumbre, pero la desgracia hizo que no la viera salir del taller; me dirijo á su casa y me dice el oso portero que se ha mudado. —A dónde? —No lo sé, — me contesta, metiéndose en su ratonera. Estoy desesperado. (Intenta tirar la carta sobre la mesa pero cae en el suelo.) Hé aquí una conquista perdida. Pero te he de encontrar, ingrata, aunque pase toda mi vida buscándote como á la fortuna. Tengo deseo de placeres, tengo hambre de amor; tengo hambre... (Mudando de tono.) pues señor es cierto, tengo hambre, y no poca. Verémos si tengo algo que comer. Señor padrino, (Dirigiéndose á la estampa.) está decidido, nada de casorio: estoy por los placeres, bromas y más bromas. (Se va por la puerta del gabinete.)

ESCENA II.

ROSA en su habitacion. Entra por el fondo y con semblante alegre dice despues de cerrar la puerta.

Gracias á Dios, nadie me sigue; ese hombre importuno se quedó burlado, ya puedo mirar al suelo sin temor de encontrar las cartas que introducia por debajo de la puerta; bien hice en dejar la tienda donde trabajaba y mudar de residencia: pensé por un momento reclamar la proteccion de mi señor tio, pero no lo hice porque no la lograria mientras esté soltera. «Cásate, Rosa, cásate, hija mia, el matrimonio será tu felicidad; necesitas un apoyo.» Mire usted que yo no necesito más que el de mi trabajo para ser feliz! Cómo gozo cuando entro en mi cuartito y lo encuentro tan limpio, tan arreglado! (Mirando alrededor.) No como este! Qué mozos! Me pusieron los muebles en medio de la habitacion, es preciso arreglar esto y no sé por dónde empezar. Vamos con la cómoda. (Va á tirar de la cómoda y no puede.) Ah! pesa más de lo que creia, mañana llamaré á un gallego para que me ayude; pero ya que no la pueda poner en su sitio, meterémos esta ropa en los cajones. (Se pone á arreglar la cómoda metiendo en los cajones ropa del baul.)

ESCENA III.

Rosa y Jacinto, cada uno en su cuarto. Jacinto entra por la puerta por donde se fué, trae un fogon encendido con una cazuela encima, y un aventador bajo un brazo, una ristra de ajos rodeada al cuello, un enorme pan bajo el otro; pone el anafre en el suelo y dice con aire satisfecho.

Jacinto. Bien, ya hay aquí para no morirse de hambre. Pan, aceite, y ajos. Creo que con esto podré hacer unas sopas; muchas veces las hacia así Ramona, la pícara de Ramona que sólo porque hacia cuatro meses que no la pagaba su salario, ha tenido la osadia de despedirse y me ha dejado poco menos que muriendo de hambre, si no me doy trazas para guisarme lo más preciso. (Pone la tohalla sobre la mesa.) Ahora los platos; maldito plural, yo digo platos y no tengo más que uno huérfano de padre; porque la cazuela le sirve de madre. Ea! manos á la obra. Consultemos el *Cocinero moderno* que recibí en herencia de mi señor padre. (Coge un libro de sobre la mesa y lo arroja al suelo al ver que no es el que busca.) A ver! *Agonías de Cárlo Magno!* Esas son las que estoy pasando con el hambre. (Coge el otro.) Este es; veamos el índice. (Hojeándole.) Tal y tal y esto y lo otro, receta para hacer escabeche de camarones; receta para hacer caldo homeopático; idem simpático; idem... Diablo! (Incomodado.) Este cocinero tiene recetas para todo menos para las sopas. — Y no puedo comer pan seco, se me indigesta. Consulté á un médico, y me llevó una peseta por decirme que comiera el pan con otra cosa, cuando yo lo sabia de balde.— Aún no es muy tarde; corro á una tienda por un poco de... (Va á salir: al llegar á la puerta vuelve abatido y cae en una silla.) Infeliz de mí! se me olvidó por un momento que no tengo dinero ni crédito. (Rosa, durante este tiempo ha encendido una vela y ha guardado la ropa.)

Rosa. Ya tengo la ropa en órden; ahora me voy á acostar. (Ve la cama.) Podré yo con los colchones? (Intenta poner el jergon sobre la cama.) Mal haya la torpeza, nada, no puedo.

Jacinto. El hambre me devora, y no sé hacer las sopas, miro el pan y no puedo comerlo. Esto es el suplicio de Tántalo.

Rosa. Y he de pasar la noche en una silla? Por la mañana tendria cara de borracho. No tengo ni labor para entretenerme. Ah! voy á colgar los cuadros.

JACINTO. No conozco enfermedad peor que el hambre. Ahora mismo me comeria aunque fuese cualquier cosa... menos pan seco. (Rosa coge un cuadro y saca un clavo del cajon del tocador.)

ROSA. Ahora necesito un martillo, y no lo tengo. (Busca con la vista.)

JACINTO. Con pan, aceyte y ajos, voy á hacer... algo ha de salir. (Jacinto vierte el agua de un botijo en la cazuela, la pone al fuego y parte el pan á tasajos grandes.)

MÚSICA.

JACINTO.
Ciega fortuna
no me abandones,
no más me muestres
fiero desden;
mas tus caprichos
ya los comprendo
por que naciste
al fin mujer!

ROSA.
Como me abruma
de noche y tarde
la casa mia
revuelta ver.
Pero estoy sola,
no tengo sueño
y algo en su sitio
he de poner.

JACINTO.
Mal haya la torpeza,
aún tibia el agua está.

ROSA.
Los muebles esta noche
cómo podré arreglar.

JACINTO.
El hambre y la impaciencia
me van á aniquilar,
desgraciado Jacinto
no puedes comer pan.
Está la media noche
bastante cerca ya,
y cerca está mi estómago
el pobre á desmayar.

ROSA.
Si yo fuera casada
pusiera mi galan
los muebles en su sitio

que aquí rodando están.
Y cuando yo viniera
pudiera descansar;
mas ay! fuera preciso
vender mi libertad.

HABLADO.

ROSA. Mucho se pasa de soltera, pero vale más sufrir los caprichos de la suerte que los de un hombre; por fin, la plancha me servirá de martillo. Dónde (*Mirando por el tabique.*) lo pondré?... Aquí. (*Sube en la silla y se dispone á clavar en el tabique de separacion.*)

JACINTO. Esto es otra cosa; (*Mirando la cazuela.*) parece el emplasto que sirven á los pavos de Navidad.

ROSA. Ah! (*Va á clavar y se da en un dedo.*) la falta de costumbre hace que equivoque mi dedo con el clavo: tendré cuidado. (*Da un golpe.*)

JACINTO. Adelante. (*Cree que llaman.*) (*Suelta el aventador y se compone el cuello y la corbata. Rosa da otro golpe.*)

JACINTO. Pase usted adelante. (*Rosa continúa clavando un momento hasta que á un segundo golpe que se da en un dedo, da un pequeño grito y se baja de la silla. Jacinto se ha levantado y cogiendo el escobon se dirige furioso á la puerta; al llegar á ella es cuando Rosa baja de la silla.*)

ROSA. Ah! me he aplastado un dedo.

JACINTO. Entre... (*Sorprendido.*) Nadie. Ah! sin duda es mi vecina la dulcera de enfrente, que habrá vuelto ya para casa y estará haciendo arropias. En verdad que la confitera es la única que me puede sacar de este atolladero. (*Llama á la puerta de separacion.*)

ROSA. Qué será esto? (*Sorprendida.*)

JACINTO. Nada, no responde. Vecina Margarita. (*Poniendo la boca en la cerradura.*)

ROSA. Esa señora no vive ya aquí.

JACINTO. Una ilusion perdida!

ROSA. Se mudó ayer.

JACINTO. Á dónde?

ROSA. Á la calle de la Esperanza.

JACINTO. Yo la perdí en este momento. A quién se le ocurre mudarse á la calle de la Esperanza? ni de propósito que lo hubiera hecho.—Perdone usted, vecina, si la he incomodado.

ROSA. Nada de eso, estaba intentando poner un clavo en la pared para colgar un cuadro, pero voy |á desistir, en vista de que mis dedos están en miserable estado.

JACINTO. Pues yo, pretendia hacer unas sopas y no sabiendo absolutamente nada del arte culinario, llamaba á la Margarita para que me auxiliase.

ROSA. No hay cosa más fácil.

JACINTO. De veras? Sabe usted cómo se hacen!

ROSA. Pues quien no sabe hacer sopas!

JACINTO. (Vuelvo á tener esperanzas. Si yo me atreviese... y por qué no?.. entre vecinos.) Vecina, creo que en esta ocasion nos podemos prestar mútuamente un favor. Yo le pongo sus cuadros y...

ROSA. Y yo le hago las sopas.

JACINTO. Está dicho.

ROSA. Voy á aviarme un poco. (Se dirige al tocador. Jacinto coge precipitadamente la escoba y da grandes escobadas por la escena, en una de ellas introduce la carta que cayó al suelo, por debajo de la puerta de separacion.)

JACINTO. Es un basurero esta casa.

ROSA. Mé pondré este cuellecito!

JACINTO. Felizmente voy á cenar.

ROSA. Gracias á Dios, dormiré en mi cama.

JACINTO. Vecina, no tenga la incomodidad de venir por el corredor. (Abriendo el cerrojo de su lado.) Haga usted por su lado lo mismo. (Se pone á escuchar. Rosa se ha quedado pensativa.) Vecina!

ROSA. Bien oigo.

JACINTO. Entonces, abra el cerrojo.

ROSA. Si... pero... á estas horas... qué dirán las malas lenguas?

JACINTO. Yo tengo ochenta y cuatro años y un catarro crónico! (Tose y mudando la voz.)

ROSA. Yo no me fio. Tose? (Mira por la cerradura.) Eh? qué decia yo? Es jóven y no feo.

JACINTO. Que dice usted, vecina?

ROSA. Que no tiene usted ochenta y cuatro años.

JACINTO. Es verdad, menos dos horas.

ROSA. Buenas noches, vecino. (Riendo.)

JACINTO. Oh, querida vecina, resuélvase usted. (Suplicando.)

ROSA. Buenas noches. (Ve la carta en el suelo, la coge, abre, y lee con la vista.) Que es esto? .

JACINTO. Esto es horroroso: esto es infame, estoy peor que un colillero; estos al menos encuentran dos cuartos para sardinas, mientras que yo, si me decido por el pan seco,

como este es oriundo del festin de Baltasar, voy á perder los dientes en la refriega.

ROSA. Dios mio, que audacia!... una carta de ese hombre que no me deja! pero cómo ha sabido que yo vivo en esta casa? Cómo ha introducido este papel en mi habitacion? (Leyendo.) «A media noche estaré á vuestros piés, ni puertas ni cerrojos, ni candados, ni murallas podrán impedirme el estar á vuestro lado para deciros que os amo; y si por desdicha, mi pasion fuese rechazada, un crímen me libertaria de una vida que me es odiosa, cuando no puedo dedicárosla; soy rico; tengo una casa donde reina la abundancia: mis intenciones son puras y no debeis titubear un momento en participar de mi fortuna, haciéndome al mismo tiempo, el más feliz de los mortales. Jacinto Zaragata.» Y yo sola, sin tener quien me defienda, qué será de mí? El vecino, tal vez sea un (Mira por la puerta de separacion. Jacinto ha vuelto á hojear el libro de cocina, bostezando.) hombre de bien, y además tiene hambre. Es mi único recurso. (Se aproxima á la puerta y llama con timidez.) Vecino! Vecino!... no responde... Vecino!...

JACINTO. No tengo fuerza para contestar. (Con voz débil.)

ROSA. Tengo lástima de usted. (Abre el cerrojo.) Deme usted lo necesario para hacer su cena.

JACINTO. Oh, felicidad! Yo resucito. (Jacinto coge el anafre, cazuela, etc. y entra en la habitacion de Rosa haciendo una cortesía.) Tengo, señora, la alta honra...

ROSA. Caballero... (Inclinándose.)

JACINTO. (Ay! qué ojos más lindos!)

ROSA. Ponga usted aquí el anafre para hacer lumbre.

JACINTO. Ya está encendida. Ay vecina!

ROSA. Señor mio! (Con severidad.)

JACINTO. Es justo: voy á arreglar estos muebles; primero la cómoda.

ROSA. Espere, voy á ayudarle.

JACINTO. No hay necesidad. (La pone en la derecha.)

ROSA. Qué hora será? (Haciendo las sopas.)

JACINTO. Las once en punto.

ROSA. (Y á la media noche el otro...)

JACINTO. Ahora la cama; para hacer una cama bien hecha que llamen á Jacinto.

ROSA. Ola! Usted se llama Jacinto?

JACINTO. Para servirla. (Ha hecho la cama, pero muy mal.) Eh? qué tal? Está bien hecha?

ROSA. Excelente!

JACINTO. Y no la hará soñar con cosas tristes? (Cogiendola por la cintura.)

ROSA. Caballero! (Con severidad.)

JACINTO. Es justo!

ROSA. Aquí está su cena. (Poniendo el mantel en la mesa de pino y la sopa encima.)

JACINTO. Me parece mentira; no debe ser muy desagradable llegar á casa, encontrar la cena lista y pagar con cariño tantos cuidados. (Cuelga el cuadro.)

ROSA. (Está mi cuarto un poco arreglado: no hay duda que los hombres sirven para algo... pero casarse... el matrimonio es un fardo muy pesado...)

JACINTO. Listo!.. (Arreglándolo todo.)

ROSA. Vecino, la sopa se enfria.

JACINTO. Cómo! Un cubierto sólo?

ROSA. Pero?..

JACINTO. Nada, usted ha de hacerme el honor de cenar conmigo.

ROSA. Bien; acepto. (Pone otro cubierto.)

JACINTO. No son más que sopas, pero ofrecidas con la mejor voluntad.

ROSA. (Le detendré de este modo para que me defienda del otro.)

JACINTO. Qué magnífico banquete vamos á tener!

ROSA. Y sin gran gasto. Es cierto que las riquezas no constituyen la felicidad.

JACINTO. No faltaba mas que la música para comer como los reyes.

ROSA. Es usted aficionado?

JACINTO. A qué?

ROSA. A la música.

JACINTO. Ah! La música es mi alegría; la música...

ROSA. Canta usted?

JACINTO. Canciones de escribiente.

ROSA. Cante usted algo.

JACINTO. No sé si estaré en voz, pero en fin, por complacer á usted salga como salga ahí va.

MÚSICA.

Tienes, niña unos ojos,
de caramelo,
y yo por los confites

nena me muero.
Así no extrañes
que mirando tus ojos
me desbarate.
Más negro que azabache
tienes el pelo,
más fino que la seda
de tu pañuelo.
Y envidio nena,
á el cefirillo errante
que te lo besa...

RECITADO.

ROSA. Es usted un perfecto músico ; ahora deseo que me diga qué hora es.

JACINTO. (Haciendo como que saca y mira un reloj.) Las once en punto.

ROSA. Su reloj de usted siempre marca las once en punto.

JACINTO. No sé para qué quiere usted saber tan á *punto* la hora en que vivimos.

ROSA. Si preciso saberla ; espero de un momento á otro...

JACINTO. Entiendo ; señora mia, estoy á los piés de usted. (Se dirige hácia la puerta de separacion.)

ROSA. Al contrario, le ruego que se quede.

JACINTO. Ahora sí que no lo entiendo.

ROSA. Si supiera usted vecino á lo que me hallo expuesta... Un importuno á quien no conozco y que me persigue sin descanso, como yo no le haya prestado atencion, me ha escrito diciendo que va á echar la puerta abajo para hablarme á toda costa.

JACINTO. Pero qué salvaje es ese? Parece imposible que haya hombres tan audaces que tengan atrevimiento de atormentar de ese modo á una jóven sólo por el placer de hablarla! qué infamia! Y á qué hora dice que vendrá?

ROSA. A la media noche.

JACINTO. Huics! La hora de los aparecidos. En fin, (Hace como que mira al reloj.) ahora son las once en punto y yo me encargo de recibir la visita de ese ciudadano que amenaza invadir la morada del pudor. Quieres derribar las puertas? Pues yo te derribaré las costillas. Tiene usted armas en casa?

ROSA. El mortero y el escobon.

JACINTO. Eso basta. (Coge el escobon y apuntando con él á guisa de carabina baja

al proscenio y dice con voz fuerte.) Ven, ven, tunante, libertino, antropófago, esta doncella te desprecia, y yo voy á darte una racion de amor con este palo, pillo, zaragatero!

ROSA. No se llama Zaragatero, sino Zaragata...

JACINTO. (Deja caer el palo.) Eh? Zaragata!

ROSA. Acaso conoce usted á ese mónstruo!

JACINTO. Yo... no... no recuerdo: pero cómo le ha mandado á usted esa carta?

ROSA. Eso quisiera yo saber; la encontré en el suelo... aquí... (Le indica el sitio y le alarga la carta.) Véala usted.

JACINTO. (Aparte.) Es la mia, sin duda la introduje con mi escoba, luego esta es la diosa de mis sueños, cómo la diria que soy...

ROSA. Qué dice usted á esto?

JACINTO. Nada.

ROSA. Ya lo veo, está usted sin duda admirado de que sean los hombres tan atrevidos que persigan de ese modo á una pobre jóven.

JACINTO. (Acercándose con galanteria.) Si ella es tan linda como usted, entonces...

ROSA. (Tomando el palo del suelo y dándoselo.) Vecino, que puede venir el otro y...

JACINTO. (Soltando el palo.) Pierda usted cuidado. Ese hombre no vendrá aquí mientras que yo esté. (Vuelve á acercarse con galanteria.) Pienso vecina que no es tan culpado como suponia, si ese desconocido es un jóven de corazon sensible; no podrá resistir á sus encantos y por lo tanto es digno de indulgencia...

ROSA. (Retrocediendo.) Vecino!

JACINTO. (Avanzando.) Vecina!!

ROSA. (Retirándose.) Y es usted en quien yo pensaba hallar un defensor!..

JACINTO. Para defenderla, es preciso que tenga derecho para hacerlo, es preciso que sea amado; para poder decirle á mi rival... Es á mí sólo á quien ella ha entregado su corazon, mírala en mis brazos; ¡niña, caiga usted en mis brazos. Aquí tienes una hermosa trenza de sus cabellos que me entrega en prueba de fidelidad; déme usted una trenza de sus cabellos, vecina...

ROSA. (Escuchando á la puerta del fondo.) Oh! Dios mio! no oye usted, alguien sube, es él, ya llama... Corra usted á su encuentro no permita... (Se va por la puerta de separacion al cuarto de Jacinto.)

JACINTO. Será verdad que haya otro yo? (Se dirige al fondo. Rosa entretanto ha cerrado la puerta con cerrojo y rie á carcajadas. Jacinto se vuelve con semblante alegre y al ver que Rosa rie queda perplejo.) Caí, como un negro.

ROSA. Buenas noches,... ja... ja... ja... Tome usted mi consejo, aprovéchese de lo que trabajó y duerma en mi cama, duerma bien y se le calmará ese fuego amoroso, ja! ja!

JACINTO. Abra usted vecina, abra usted y no se mofe de este amor que puede conducirme á la desesperacion.

ROSA. Duerma. (Se sienta.)

JACINTO. No oigo nada... No, pues yo he de hacer que esta puerta se abra.

ROSA. Parece que ha tomado mi consejo.

JACINTO. (Como poseido de una idea.) Ah! (Se vá al fondo, abre la puerta con fuerza y empieza á andar como si entrase alguien.)

JACINTO. Quien anda ahí?

ROSA. Cielos qué oigo!

JACINTO. Al punto manifieste á quien busca usted aquí.

(Finge.) No le importa.

(En voz.) Sí me importa, confiese voto á san.

(Finge.) A usted no le conozco, no quiero confesar.

(En voz.) La persona que usted busca.

(Finge.) No es usted.

(En voz.) Pues claro está, yo soy...

(Finge.) Algun cernícalo.

(En voz.) Me quieres insultar? A la calle.

(Finge.) Me quieres á mí echar?

(En voz.) Matarte, toma. (Da una palmada imitando una bofetada.)

(Finge.) Ah! tienes estoque.

(En voz.) Sí que lo tengo.

(Finge.) Sácalo presto.

(En voz.) Ya fuera está.

(Finge.) En guardia ponte.

(En voz.) En guardia estoy.

(Finge.) Ya te descargo.

(En voz.) Tírote ya. (Dando palos en los muebles.) Zís, zís, zás, zás, zís, zís, zás, zás. (Ya es tiempo de morir.)

(Finge.) A fondo.

(En voz.) Me has herido.

(Finge.) Ahí te quedas, perro tonto.

(En voz.) Estoy pronto á desmayar. (Se deja caer.)

ROSA. Cayó; pobre jóven! apenas puedo tenerme de pié, socorro!

JACINTO. Por tí es por quien muero, objeto de mis amores. No siento morir, siento que no se abra la... tierra, para tragar á mi asesino. A Dios vida mia, hasta que nos veamos en la mansion de los inocentes. (Cambiando de voz y observando que la puerta permanece cerrada.) Esa mujer es de piedra.

ROSA. Debo ir á socorrerle.

JACINTO. Me voy por la puerta del corredor y de seguro no escapa. (Se dirige á la puerta del fondo y en el momento que va á salir, Rosa ha abierto y lo ve andar: de seguida cierra la puerta de comunicacion y la del fondo, quedando cada uno en su habitacion porque Jacinto entra en la suya por el fondo.)

ROSA. Pobre jóven! Cumplo con un deber. Qué veo! el muerto anda? Gracias á Dios estoy en mi casa. (Cerrando las dos puertas.)

JACINTO. Otra vez engañado! (Al no encontrar á Rosa en su cuarto.)

ROSA. En la primera todos caen, pero en la segunda ja, ja.

JACINTO. Abra usted vecina, y mire en mí á un marido, se lo prometo, mire usted que un marido en estos tiempos es muy díficil de atrapar. Si me caso, soy rico, pues me dota mi padrino el Sr. D. Tiburcio Campanero Pimenton y Tragaplatos.

ROSA. Mi tio!

JACINTO. Mi padrino!

ROSA. De veras?

JACINTO. En prueba ahí va su retrato al carbon. (Mete la estampa por debajo de la puerta. Rosa la toma y dice.) Está hecho: es hombre no mal parecido y al cabo saldré de pobre.

JACINTO. Ahora ya puede usted abrir.

ROSA. Sólo abriré á mi marido.

JACINTO. Juro que lo seré, á fin de Jacinto Zaragata.

ROSA. Como! Usted es Zaragata?

JACINTO. Sí señora; yo soy el que la he molestado con mis billetes, yo soy el que no la conocia y usted la que me despreciaba, pero ya ve cómo nos hemos reunido y nos reunirémos por toda la vida; eso prueba que lo que de Dios está...

ROSA. A las manos se viene.

MÚSICA.

ROSA.
Al nacer la criatura
tiene el destino,

lo que va á sucederle
puesto en su libro.

LOS DOS. Y lo que marca
no hay poder en la tierra
que lo deshaga.

(Cada uno habrá permanecido en su habitacion.)

FIN.

NOTA. Esta zarzuela está aprobada por la censura de Teatros con fecha del 16 de Diciembre de 1860.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete	Perez.
Alcoy.	Payá é hijo.
Algeciras	Joarizti
Alicante.	Lloret.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Santistéban.
Avila.	Garcés.
Badajoz..	Coronado.
Barcelona.	Mayol
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	De Cárlos.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Perales.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Lago.
Cartagena.	Riera.
Chiclana.	Cañizares.
Ecija.	Isla.
Figueras.	Frnz. Magariños.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	Uriarte.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno é hijo.
Huesca.	Guillen.
Jaen	Hidalgo.
Jerez.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Lopez Morlins.
Lugo.	Viuda de Pujol y Hermano.
Lorca.	Gomez.
Logroño.	Brieba.
Loja.	Cano.
Málaga.	Cañavatte.
Mataró.	Clavel.
Murcia.	Herederos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Galan.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Los Rios y Barrena.
Pontevedra.	Hernando.
Puerto de Santa María.	Gomez.
Puerto-Rico (Mayagües.)	Mestre y Tomás.
Reus.	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Sanlúcar.	Oña.
San Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Hernandez.
Santiago.	Escribano.
Soria..	Perez Rioja.
Segovia.	Revilla.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Mengor.
Tarragona.	Font.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Baquedano.
Tudela.	Izalzu.
Talavera.	Castro (Sanchez).
Valencia..	Moles.
Valladolid.	Herederos de Rodriguez.
Vitoria.	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Ubeda.	Bengoa.
Zamora.	Fuertes.
Zaragoza.	Viuda de Heredia.

CATALOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas.

¡Presente, mi General!
A precio de la vida.
Achaques de la vejez.
¡Españoles, á Marruecos!
El honor y el trabajo.
El padre de familia.
Las aves de paso.
Casado y soltero.
El amor y el almuerzo.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La cotorra.
Las bodas de Juanita.
Los dos ciegos.
La zarzuela.
La pupila.
Pablito.
Bruschino.
El postillon de la Rioja.
Entre mi mujer y el negro.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
Amar sin conocer.
Catalina.
Campanone.
El valle de Andorra.
El hijo de familia, ó el lancero voluntario.
El sargento Federico.
El Juramento.
El Paraiso en Madrid.
Galanteos en Venecia.
Los Madgyares.
Los Circasianos.
Mis dos mujeres.
Lo que de Dios está